

PUROS CUENTOS.

La Pío Pío.

En Juigalpa, a mediados del siglo XX deambulaba por las calles de la ciudad una pobre mujer, enferma de la mente, con un aspecto deplorable; su rostro cansado, triste, con la mirada perdida en el espacio. Toda su piel marchita, curtida por la intemperie y la acción de los rayos solares, que la bañaban en su continuo ir y venir, por las calles y los caminos de Juigalpa.

A este guiñapo humano los vecinos de Juigalpa la llamaban la Pío Pío. Nadie sabía su nombre porque ella no era originaria de Juigalpa; ella llegó de las afueras como lo hacen tantísimos campesinos que buscan la ciudad para tratar de resolver sus problemas económicos o de salud.

Se le llamaba Pío Pío porque ella no hablaba, solamente lloraba, muy pocas veces reía y si lo hacía, reía y concluía llorando, gimiendo convulsivamente y después de algún rato de silencio, comenzaba a píar, como lo hacen los pollos. Se acostumbrabas sentar en el suelo, sobre una maleta de ropa, sucia, de la cual no se desprendía nunca. Cuando alguien intentaba quitarle la ropa para lavarle esos trapos malolientes, ella emitía sonidos como si fuera una gallina asustada.

En aquella maleta cargaba ropita para niños celeques, como los campesinos llaman a los bebés. Allí guardaba celosamente tres camisitas, para tierno, cosidas, amorosamente, a mano, un gorrito de tela alanada, una capita, como la que usaba la caperucita roja, con la cual las madres, dicen proteger a sus hijitos de los efectos de las malas vistas o de la vista caliente de los curiosos; dos sabanitas de tela de algodón, que cuando fueron nuevas eran blancas, en esos momentos, ya no se sabía de qué color eran; ya lucía toda la ropita sucia, manchada, arrugada, fea, impropia para abrigar a un niño tierno, pero aquella enajenada, deliraba llena de amor maternal, arrullando a su bebé, cubría mentalmente aquel cuerpecito amado con las mantillas que ella adornó con el ojo de pollo en el dobladillo y que bordó las letras del nombre de su hijita: "ANITA", era una niña, su hijita. ¡Pobre niña! Víctima de la parasitosis; en aquellos tiempos, en Juigalpa no había hospital, únicamente una especie de Centro de Salud, prestaba servicios. ¡Muy poca cosa! Había un médico, una enfermera, dos asistentas, un laboratorista, casi siempre sin reactivos para trabajar y la portera que también hacía la limpieza. Medicamentos, como siempre, aún en nuestros días, si hay uno, no hay otro.

Según comentaban algunas pocas personas que supieron cuando entró del campo aquella mujer anónima con su hijita deshidratada por la diarrea, buscó ayuda en la Sanidad (Puesto de Salud)

pero ya era tarde, la niña falleció. El médico extendió una certificación del fallecimiento de la niña y la portera le aconsejó que fuera a las calles a pedirle al pueblo que la ayudaran a dar sepultura a su bebita muerta.

Así fue, no faltan personas caritativas que juntaron algún dinero y compraron un humilde ataúd para el sepelio. El párroco le dio permiso para que estuviera en el atrio del templo parroquial, católico, mientras llegaba el ataúd y al partir, al cementerio municipal, el sacristán tiró al viento un repique de campanas, porque un ángel subía al cielo, según la opinión de las beatas que siempre deambulan por los templos. Llegaron al cementerio y unos hombres, borrachos consuetudinarios, ya habían preparado la pequeña sepultura y enterraron aquel cuerpecito yacente y con él, la cordura de la madre.

Aquel pobre ser, fue demasiado vapuleado por el desamparo, la soledad, la angustia el hambre y el dolor de la pérdida de su bebé. Lloró sobre la pequeña tumba. Lloró amargamente, hasta no poder más; hasta quedar dormida o sería desmayada, pero la verdad es que ella quedó de bruces sobre la tierra y así pasó la noche.

Al despertar el día siguiente, sola, en el campo santo, rodeada de cruces y de tumbas; únicamente la acompañaba una gallina con su bandada de pollo que pían frenéticamente y a su lado, la maleta, con la ropita de la que fue su hijita.

Lanzó un grito desgarrador, con la vista alzada hacia el cielo, tomó su maleta la colocó sobre su cabeza y emprendió, con paso lento, el retorno al poblado, píando, como lo hacen los pollos a veces en susurro y cuando alguien le hablaba ella respondía píando a gritos.

Así, La Pío Pío, como le llamó la gente vivió hasta que sus fuerzas físicas la acompañaron.

Un día amaneció muerta y los vecinos generosos la llevaron a enterrar.

El recuerdo de La Pío Pío quedó en la mente de chicos y adultos y no era raro escuchar en los hogares:

- Tomá tu medicamento para matar a los parásitos. Si no tomas tu remedio te va a pasar como a la niña de La Pío Pío.
- Sí mamá, dáme ese remedio que no me quiero morir.

Sin embargo, en Juigalpa y en todo Nicaragua, siguen muriendo niños a causa de la parasitosis.

Unos niños mueren por falta de atención y otros, por falta de medicamentos, pues, aunque parezca mentiras, en nuestros Centros de Salud hay desabastecimiento de medicamentos para el uso de niños, grandes y ancianos, sobre todo si son pobres, porque en las Farmacias como negocios privados, usted encuentra todo el medicamento habido y por haber, tanto de fabricación nacional, como extranjero. Desgraciadamente, para los desposeídos, está privada la salud, no nos extrañemos si resulta otra Pío Pío.

FIN

La sopa de piedra.

Vemos deambular por la periferia de Juigalpa, a un hombre de mal aspecto y más mala presentación aún.

A veces se tambaleaba, al caminar, como lo hacen los borrachos, pero su problema era la mala salud. A él hacían dos días que le habían dado de alta, del hospital regional, después de recuperarse de la postración que le dejó un accidente de tráfico. Sufrió el accidente, en tierra extraña, ya que él era originario de la comarca Talolinga, Municipio de Nueva Guinea, en territorio de la RAAS(Región Autónoma del Atlántico Sur), Nicaragua, América Central.

Era lamentable su aspecto y muy visible su desesperación. ¡Claro, tenía hambre... pero, sentía vergüenza pedir unos bocados de comida.

Allí en las últimas calles de la población, paseaba su angustia de un lado al otro, de la calle. Los vecinos se encerraron en sus casas, pues creían que se trataba de un demente. ¡Pobre hombre!

Gracias a Dios, apareció una señora con compras que iba saliendo hacia las afueras de Juigalpa. Se detuvo ante el desdichado y le dijo:

- ¿Qué te pasa hombre?
- Tengo hambre, señora, desde anteayer no como y he caminado sin rumbo porque no conozco Juigalpa, soy de Talolinga y estaba hospitalizado porque me atropelló un furgón, más adelante de Villa Sandino. Nadie vino, de mi familia, cuando avisó el hospital que me darían de alta. En el hospital ya no puedo estar y me sacaron, para que yo busque como viajar a mi comarca. Aquí estoy desorientado, con hambre y triste.
- Aquí estas mal colocado, esta no es la carretera que va al Atlántico, aquí estamos en la salida hacia el puerto del Lago.
- ¡No puedo caminar bien! ¡ Aquí voy a morir de hambre!
- Hombre, veremos qué hacemos para que comás. En la última casa vive una amiga mía. ¡Vamos!

Se encaminaron al lugar y la señora saludó:

- ¡Buenas! ¿Está la Socorro?
- Buenas(contestó un chavalo), está lavando en el patio.
- ¡Háblale papito! Decile que la busca la Auxilio.

Fue el chavalo, al patio; cumplió y regresó con su madre.

- ¡Socorro! ¡Dichosos los ojos que te ven!
- Más dichosos son mis ojos porque te estoy necesitando!
- ¿Para qué soy buena? Sabes que yo soy legal con vos...
- Te explico. Este señor, es un paciente(señalo al hombre que estaba afuera de la puerta, con actitud triste)recién dado de alta; él no es de Juigalpa y no tiene plata, pero esta hambriento y desorientado.
- ¿Entonces, yo que pinto aquí?
- Hacéte un volado Socorro; prestale una porra para que haga una sopa y regalale una leñita, mujer.
- Bueno, porque vos me lo pedís, presto mi porrita, en la que cuezo la leche de mis chavalos y que pase al patio a buscar las buruscas. Eso sí, no cocina aquí.

Se hizo como dijo la Socorro y la Auxilio le ayudó al hombre para que encendiera el fogón y pusiera la porra, sobre tres tenamastes.

Le dijo la Auxilio:

- Cuando le pregunten qué está haciendo, dígales que está cocinando una “sopa de piedras” y diciendo de piedras, levantó de la calle varias piedras, guijarros pequeños, se los lavó y los echó al agua, que comenzaba a hervir.
- ¡Hable hombre de Dios! ¡Para que le ayuden!

La vecina de la casa de enfrente quería saber qué habían hecho las dos amigas con el desconocido y se dijo:

- ¿Qué diablos están haciendo?
- Una sopa de piedras(respondió el hombre, pues la Auxilio se fue).

Asombrada por la respuesta se asomó a la porra y por supuesto allí estaban las piedras hirviendo dentro del trasto.

- ¿Qué le va a echar doncito?
- ¡Nada! ¡No tengo nada para aumentar mi sopa!

- Mire, le voy a traer hierbabuena y culantro, yo tengo sembradas unas matitas en mi patio. Total, en el verano se me secan por falta de agua; ó, lo que es peor, las malditas gallinas del vecindario se empujran con ellas. ¡Mejor le ayudo para que le dé gusto a su sopa!

Y así fue.

Cuando la mujer bienintencionada venía con las ramitas aromáticas, al pasar por las puertas de las otras casas, desde las cuales, las amas de casa, atizban con interés, los movimientos raros.

-¡Qué olorosa que vas, muchacha! (Habló de improviso una señora mayor) ¿Qué vas a cocinar, tan sabroso?

- ¡Yo nada! Doña Mencha, venga para que vea a ese hombre que está cocinando una “sopa de piedras”, ¡Venga!

Una vez que observó cómo el hombre introdujo los aderezos y cómo hervían las piedras, exclamó:

- ¡Aguardate hombre! Aguardate, yo tengo un ayote verde, te voy a regalar una tajada grande. ¡El ayote es un gran alimento para levantar a los enfermos!

Al tiempo que doña Mencha traía el ayote, se acercaron unos muchachos, que iban al monte con su hulera para cazar palomas rodadoras y preguntaron:

- ¿Qué están haciendo allí?
- ¡Sopa de piedras, eso es lo que estoy cocinando!
- ¡Corramos amigos! Vamos allí no más, en esa burra de monte hay bastantes palomas. ¡Matemos una rápido y se la traemos beneficiada a este dundo! ¿Qué alimento son las piedras?

Al instante salieron corriendo y riéndose los muchachos para traer una palomita, muerta, desplumada, descuartizada y salada, como ellos acostumbraban hacer en el monte.

Las risas alegres y contagiosas de los muchachos despertaron curiosidad a una señora que trajinaba con un carretoncito, en la misma dirección que ellos. Era una tortillera, que llevaba su maíz molido para las tortillas, de venta y sus compras para preparar su almuerzo.

- ¿Qué le pasa a ese grupo de gente?
- ¡Usted! Dedíquese a sus tortillas (Gritó uno de los cipotes).
- Un baboso está cocinando sopa de piedras ¡Ja, Ja, Ja, Jajaja...! Dijo otro mientras corrían al monte.

A la tortillera se le picó la curiosidad y arrimó su carretoncito, mientras veía, criticó diciendo:

- ¡Eso es pura agua!(pensó y dijo) Tené hombré, masa y adobo para unas albóndigas.

La tortillera siguió su camino, porque se le hacía tarde para palmeaar sus tortillas. Al avanzar, se encontró con uno de los vendedores, ambulantes, de hortalizas, quien ya traía su carretilla desocupada. Ya había vendido sus productos. Se saludaron, pues eran amigos y la mujer le comentó:

- ¡Fijáte vos! En aquella fogata, un carajo está cocinando una “Sopa de Piedras”.
- ¡Adiós! ¡Dejáte estar! Me voy a curiosiar esa sopa.

Y al momento se juntó al grupo. Sólo echó una mirada y exclamó (riéndose):

- A esa sopa le faltan las hortalizas. Le voy a regalar estos cuatro tomates apulismados, estas chiltomas destripadas y esta cebolla que se safó de los moños.

La gente agrupada, observó que hacía falta leña y alguien la proporcionó, agregaron agua, para que se cocieran las albóndigas, las hortalizas, el ayote y sobre todo, para hacerle espera a los chavalos que andaban monteando.

Había todo un quehacer, alrededor de la sopa dichosa, lo cual llamó la atención de un camionetero del puerto, éste se parqueó al lado de la cuneta, estiró la cabeza, vió la porra hirviente, a doña Mencha agregando el ayote y las albóndigas. Hombre experto de la cocina nacional, gritó:

- ¡No jod... a esa sopa le falta el bastimento, oigan cocineras: ahí les mando éste plátano verde que andaba de muestra y como me fue bien en la venta, se los regalo y que se cueza con la sopa. ¡Que les aproveche el almuerzo!

Dicho esto, encendió su camioncito y partió hacia el Puerto Díaz, para comprar plátanos y revender.

Haciendo algarabía, como se habían ido, regresaron riéndose y corriendo, los famosos cazadores, quienes ofrecieron una paloma destazada y con sal.

Así sucedió, trajeron el animalito, sacrificado, lo entregaron y no esperaron, ni que les dijeran muchas gracias. Regresaron a su actividad.

Se atizó la fogata. Se juntaron todos los donativos, se probó la sazón y sólo faltaba un puntito de agrio, el cual se añadió porque una niña trajo un limón, pelado, partido y sin semillas.

Por fin estuvo a punto la sopa. Todos la aprobaron y dijeron:

- ¡Que se siente el enfermo y que coma su sopa de piedras!
- ¡Hay que sacarle las piedras, se puede atragantar el pobre hombre! (gritó, entre risas Doña Mencha y la Socorro esperó que le desocuparan su porra, en la que todo el barrio y los voluntarios, cooperaron de manera solidaria, para preparar la “Sopa de Piedras”).

FIN

Las Misas del Niño Dios.

En todas las parroquias católicas se acostumbran celebrar las Misas, por nueve días consecutivos, en honor del Divino Niño Dios.

La connotación que tienen estas nueve misas, es que se celebran a las cinco de la mañana, puntualmente, todos los nueve días.

Estas misas acarrear muchos fieles católicos que no acostumbran visitar el templo parroquial, ya sea porque sus horarios e trabajo no se os permiten o por razones de falta de roce social.

Las personas adultas, para hacerse acompañar por los niños, en las respectivas familias, inducen a la chavalada a cumplir con la novena en honor al Divino Niño Dios, para que el Niño Dios, los premie, trayendo juguetes, golosinas, ropa nueva, alhajitas de oro, sobre todo para las niñas.

En Nicaragua se acostumbra hacerle una carta al Niño Dios para en ella pedir las necesidades y los antojos de cada niño o niña y hay veces que las señoras, de una manera indirecta y discreta, solicitan a sus esposos, ropa, calzado, cosméticos, algún perfume, mas o menos caro y hasta un mueble para el hogar.

Dicha carta, después de escrita, se coloca en el altar, que cada familia erige en su dormitorio para la veneración de los santos de su devoción, no debe faltar, un crucifijo y una imagen de la Virgen María, en alguna de sus advocaciones. La carta se prensa con el florero o con alguna de las estatuillas que se conservan en el dormitorio principal de la casa; si no se tiene altar, ni repisa con imágenes sagradas, los niños guardan su cartita bajo su almohada y buscan, por la mañana si su cartita ya esta en manos del Niño Dios.

Los padres o las personas mayores tiene el cuidado de captar las dichas cartas y quemarlas romperlas para que no se enteren los chavalos, de cómo es el pase.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

